

EL DESTINO ~~NO~~ ESTÁ ESCRITO

Irene Miralles

EL DESTINO ~~NO~~ ESTÁ ESCRITO

 Didot

El destino no está escrito

Primera edición: junio de 2026

© De la obra: Irene Miralles

© Edición Punto Didot
www.puntodidot.com
Avenida Ensanche de Vallecas 42
28051, Madrid
e-mail: info@puntodidot.com

ISBN-13: 979-13-87603-98-4
ISBN E-book: 979-13-87603-99-1
Depósito legal: M-15173-2026

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Esta historia está dedicada a mis hijos Marianna , César Andrés
y Mónica que son la parte más importante de mi vida.*

A mis nietos Stefany y Matteo, que serán la continuación de mi historia.

*A mi familia , mi madre, mis hermanos , mis sobrinos, mi
tía y mis primos, por ser parte de todo lo que soy.*

*A Josep por enseñarme que las segundas oportunidades a veces son las mejores,
que el amor bonito existe y se construye desde la sinceridad y la libertad !*

*Gracias a todos mis amigos y amigas que tuvieron la paciencia de
escucharme mil veces hablar de un proyecto de novela que no sabía si vería
la luz algún día... pero que sentían y la vivían conmigo como si ya existiera.*

Y como dice mi querida Massiel... ¡Romanticemos la vida!

1

COMIENZA MI HISTORIA

Un día espectacular, fresco y agradable, un sol imponente, brillante, radiante; algunos días tenían pinceladas más de verano que de primavera. Así eran los días en esa época del año, nadie sabía cómo sería el siguiente. Un día podía ser con un cielo limpio, azul celeste y al otro día el mismo cielo, pero cubierto por nubes blancas que parecían motas de algodón. Era el 27 de abril de 1939, un día normal para muchos, un día más en la vida de otros, pero nadie se imaginó que ese día comenzaría a escribirse una historia por generaciones, y que mi abuela sería el primer capítulo de mi vida.

Alessia, así se llamaba mi abuela, una mujer que nació el 12 de diciembre de 1912, una fecha un tanto cabalística y quién sabe si eso tendría algo que ver con su manera de ver la vida.

De carácter alegre, siempre con el buen humor que la caracterizaba. Alta, con ojos verdes, unos ojos que resaltaban con su tono de piel rosa pálida y completaba su belleza una cabellera radiante de tonos naranja que llamaba la atención por donde pasaba.

Vivía en Italia, en un pequeño pueblo de 3500 habitantes llamado Paderno Ponchielli, cerca de Milán, nombre que se debía a que, en ese mismo pueblo, en 1834 había nacido Amilcare Ponchielli,

compositor de ópera La Gioconda y era de gran orgullo para todos los habitantes.

Era un pueblo de película; los campos verdes sembrados de maíz hasta el infinito, y cuando no estaban sembrados, los cubría una hermosa capa de amapolas rojas que daba la sensación de una alfombra suave y sedosa, de donde seguramente se inspiró Vincent Van Gogh en 1886 para su cuadro *Campo de amapolas*.

Todos vivían en una sola casa, una casa que parecía una masía, si la comparamos por el tamaño con las de hoy en día.

La familia, muy extensa, abuelos, padres, hermanos, tíos, primos... Se perdía la cuenta cuando se intentaba saber cuántos eran en realidad, pero, particularmente, la familia de mi abuela Alessia estaba compuesta por cinco hermanos; con ella seis, que era la menor. La menor pero la más intranquila y aventurera. Dicen que había adquirido un poquito de la personalidad de cada uno de sus hermanos. Los hermanos Marconi estaban muy unidos y la más consentida era mi abuela.

Al mayor, Nino, duro de carácter, serio, pero con un corazón de oro, le correspondió liderar a sus hermanos a medida que nacían y ayudar a su padre desde muy pequeño. Muy trabajador, tenía rutinas muy estrictas, como las comidas, los horarios de trabajo, horarios de descanso; no se permitía acostarse más allá de las ocho, porque ya de madrugada tenía que levantarse para ir a trabajar al campo, con lo cual nunca pudo disfrutar de su juventud, como solían hacer los chicos de su edad. Era muy comprometido con la familia. Nunca pensó en tener novia, o en casarse y tener hijos; no era su prioridad.

Le seguía Aurelio, nacido un día de Navidad pero que, lamentablemente, murió muy joven. Solo tenía 22 años. Era un espíritu libre y un corazón inquieto. Muy parecido a Alessia.

Una tarde, cuando montaba su bicicleta por el camino que recorría siempre desde niño, no vio la piedra, cayó y golpeó la cabeza con el borde de la carretera.

Un conocido que pasaba por allí de camino a su granja, lo reconoció; cuando se acercó a auxiliarlo, su piel ya estaba fría y su pecho inmóvil. Enseguida lo recogió y lo llevó a casa de los Marconi.

La *nonna* Anita gritaba su nombre una y otra vez, con la esperanza de despertarlo y de hacer que volviera a abrir los ojos. Pero eso nunca sucedió.

Aurelio marcó la vida de Alessia, porque a pesar de no haber compartido mucho con ella, sabía cómo era su hermana y siempre le decía que ella no debía quedarse en el pueblo, que tenía que ser la que le diera la vuelta a los principios de la familia y ser feliz, sin importarle nada ni nadie. Siempre le decía que a pesar de ser la más pequeña, a él le hubiese gustado ser como ella.

La muerte de Aurelio fue un golpe muy duro para Alessia, nunca lo aceptó y cada vez que tomaba alguna decisión fuerte en su vida, se imaginaba a su hermano, dándole los mejores consejos.

Ida, la hermana favorita de Alessia, era como la madre, la hermana, la tía... Era la persona más cercana que tenía, su confidente, su consejera, una mujer leal y que siempre pensaba en los demás antes que en ella, siempre buscando que todos a su alrededor se sintieran cómodos y no les faltara nada.

Ida fue siempre un apoyo en silencio a las ideas de Alessia; aunque le hacía ver que no todo lo que uno se imagina es de color rosa, también era capaz de verle el lado bueno a los inventos de su hermana.

Después de casarse, se separó un poco de la familia, porque se fue a vivir a un pueblo a casi 400 km, Perugia, pero nunca faltaba en Navidad a la gran reunión familiar. Celebraban Navidad y, algo más importante para ellos: el cumpleaños de Aurelio. Siempre llegaba con regalos para todos, acompañada de Luca y sus tres hijos.

Carlo, idealista y emprendedor, siempre acertaba cuando de negocios se trataba. Cuando cumplió 25 años, ya tenía su propia

trattoria, donde trabajaba sin importar el tiempo. Era el alma de las reuniones, divertido y siempre con una sonrisa en la cara.

El Bar de Carlo, siempre tradicional, era el centro de reunión de cualquier celebración del pueblo. Se casó con Dalmazia y entre los dos lo atendían; después, con la llegada de los hijos, Carlo se quedaba más horas al frente del bar, y ella más tiempo con los niños.

Daniela, la más contemporánea con Alessia —solo se llevaban dos años—, era la más tranquila de los hermanos, tímida y callada.

Admiraba enormemente a su hermana menor; era el reflejo de lo que a ella le hubiese gustado ser, valiente y atrevida; sin embargo, ellas tenían una relación de aprendizaje. Alessia necesitaba la tranquilidad que sentía cuando estaba con su hermana Daniela; le aportaba serenidad y unos minutos de reflexión cada vez que charlaban. Era, sin duda, el polo opuesto, pero Alessia necesitaba una hermana así en su vida para que le frenara un poco sus impulsos.

Daniela, que era lo contrario, necesitaba el impulso frenético, el amor y pasión que tenía Alessia en todo lo que hacía. Eran como el complemento perfecto.

Los días pasaban entre ordeños de vacas, gruñidos de cerdos, cultivo de maíz y el sonido peculiar de los riachuelos, que indicaba, según el tono, si el río estaba crecido o un poco seco. Surtían de agua a los campos siempre cubiertos de ortigas. Los hombres de la familia se dedicaban al trabajo del campo; el ruido del tractor en la época de siembra y de cosecha era inconfundible.

El pueblo era generalmente tranquilo y rutinario.

Para los hombres, lo importante eran las cosas de costumbre, como la cantidad de gallinas que se criaban, cuántos cerditos habían nacido, cuándo era la mejor época y momento adecuado para la cosecha, tomar un buen vino —todos los días a la misma hora, a

la hora del aperitivo—. En realidad, cualquiera se podía acostumbrar fácilmente a esas maravillosas costumbres que iban pasando de generación en generación.

—¡Carlo! —gritaba el tío Nino—, hoy quiero brindar por la buena cosecha que hemos tenido —le decía a todo pulmón a su hermano—. ¡Dame el mejor vino que tengas!

—Hoy es un día muy especial, hacía mucho tiempo que no veíamos una cosecha tan buena. Hoy beberemos hasta emborrachar —gritaba su amigo Gianni, soltando carcajadas que podían oírse hasta un kilómetro a la redonda mientras golpeaba la botella sobre la mesa de madera.

Las mujeres, todas excelentes cocineras, se encargaban de eso, de cocinar y tener lista la comida para que, cuando llegaran los esposos, no faltara de nada; era como un agradecimiento por tantas horas de labor para poder mantener a la familia.

Aparte de sus atenciones a los hombres, tenían otra faena: estaban pendientes de las niñas adolescentes, que entraban en la edad en que ellas consideraban que ya debían formar una familia, enseñándoles a cocinar, a coser para poder confeccionar vestidos o simplemente arreglar algún detalle; en resumen, los quehaceres de la casa, porque en esa época solo estaban listas para el matrimonio si eran capaces de realizar todos esos trabajos.

Alessia observaba a sus tías alrededor de la mesa larga, amasando pan, cosiendo dobladillos y enseñando a sus primas adolescentes cómo preparar la salsa de tomate perfecta. El murmullo de las mujeres se mezclaba con el sonido del aceite en la sartén.

Su madre la miró de reojo y dijo, casi como lo que parecía una sentencia: “Mira bien, Alessia, esto es lo que debe aprender una mujer para que no le falte nunca nada”.

Ella sonrió por compromiso, pero por dentro pensaba que ese no sería jamás su destino. No había nacido para quedarse entre fogones ni para hacer remiendos en vestidos viejos.

Mientras sus tías corregían a las niñas con paciencia infinita, Alessia se repetía a sí misma casi como un secreto: “Yo no me quedaré aquí, la vida tiene que ser algo más que esto”.

Mi abuela, inconforme de nacimiento, ya tenía entre ceja y ceja que su vida no acabaría en un pueblo. Ella quería explorar mundo, conocer gente diferente, tener oportunidades..., como muchas veces le había dicho su hermano Aurelio.

Ese 27 de abril, decidió que se había acabado su historia en el pueblo, que era hora de alzar el vuelo y empezar nuevos caminos. Así que metió tres cosas que tenía en el armario en dos maletas pequeñas y sus cosas personales en un bolso, que pondría cruzado en el pecho, y cogió las liras que tenía guardadas para alguna ocasión especial; y esta sería la ocasión más especial de su vida.

Aparte de su espíritu, intranquilo y aventurero, ella necesitaba salir del pueblo, no solo por querer conocer nuevos horizontes, sino también porque había sido madre soltera con solo 18 años. Había tenido una hija el 25 de marzo de 1930 que ahora contaba con 9 años.

En el pueblo, eso siempre había sido la comidilla de todas las señoras. Nadie había entendido por qué ella quiso quedarse sola con su hija y no aceptó la ayuda de algún hombre que le había ofrecido matrimonio. “Algún hombre”, como decían las señoras del pueblo, era algún hombre mayor que nunca se había casado y que no había tenido hijos con posibilidades de hacerse cargo económicamente de ellas, algo que no entraba en la cabeza de Alessia; no lo entendía y no lo quería entender.

Era una época con principios religiosos muy arraigados; aparte de no ser aceptada por ser una mujer sola con una hija, también tenía en su contra que ella nunca dijo quién había sido el padre de esa niña. Alessia no perdonaría en su vida que su hija cargara con la culpa de un error —según decían— que ella había cometido; en realidad, ella nunca lo consideraría como un error.

Mía llamó a su primera hija. Un nombre poco común y que utilizó para demostrarle a todo el mundo su sentido de pertenencia;

ese nombre era la manera de dejar claro que esa niña era solo suya, como lo hizo saber esos nueve años que vivieron en el pueblo. A Mía nunca le faltó nada y Alessia siempre prefirió darle una vida sencilla y cómoda antes de aceptar cualquier ayuda a cambio de sacrificar su vida.

La frase más dicha por Alessia esos últimos días a su hija era: “¡Ahora sí que verás el mundo y no te quedarás como tus primos en este pueblo; nos iremos a vivir nuestras vidas, conocerás otras culturas, otras ciudades, a otras personas...!”. Lo repetía a cada instante. Aunque eso solo era una excusa para no sentirse nerviosa y así poder decir que la que estaba nerviosa era su Mía.

Había llegado el día y, aunque Alessia no era persona de conversar sobre sus ideas, siempre para evitar opiniones a lo que ella había decidido, todo el mundo sabía que tarde o temprano, el día menos pensado, daría un vuelco a su vida.

Ese 27 de abril, temprano en la mañana, sobre las nueve, después de pasar una noche muy intranquila, a pesar de que ella lo había decidido así, y no había sido una decisión fácil, le comunicó a su familia que se iría a Barcelona, que comenzaría una nueva vida en esa ciudad, en otro país. Se despidió de la familia, o por lo menos la que se encontraba allí en ese momento.

Que se marchara sola con una niña de nueve años fue algo que la *nonna* Anita nunca entendió, porque, para las abuelas de esa época, vivir en un pueblo tranquilo, casarse, tener hijos y tener el beneficio de las tres comidas al día era lo realmente importante.

—Sabes que esta es tu casa, no tienes por qué irte—le decía la madre de Alessia, sentada en una gran butaca que había en el salón; con los ojos llenos de lágrimas, seguía—: No veo la necesidad de que vayas a pasar penalidades, hambre y frío con una niña tan pequeña.

»¿Volveremos a vernos de nuevo?—Eso la mortificaba mucho, se aferraba a su rosario—. Ya yo estoy mayor y, seguramente antes de que te lo imagines, ya no estaré—decía con una voz temblorosa, tratando de manipular a Alessia.

—*Mamma* —le contestó Alessia—, sabes que aquí yo no encajo; esta vida no es la que yo quiero para mí, y menos para mi hija. La vida es muy corta y no es para quedarse en un pueblo a esperar que pasen los días, la vida es para vivirla... —Palabras que ya le había dicho en reiteradas ocasiones—. Mía, tiene que saber que, más allá de este pueblo, existen otras oportunidades, que la vida no solo es este pueblo —seguía insistiendo, y como siempre la conversación terminaba con el silencio de la madre, tal y como estaban acostumbradas las mujeres de esa época.

Un silencio que no obligatoriamente decía que estaba de acuerdo.

Su padre, Ángelo Marconi, al único al que le había confiado su idea de irse, y por eso le aconsejó Barcelona, le habló de su amigo Enzo, que vivía allá y sabía que contaría con su apoyo.

El *nonno* Ángelo, un hombre recio, formado en el campo, con trabajo pesado y rudo, en ese momento no le dirigió palabra alguna. Nunca se imaginó que esa idea loca de irse se haría realidad, solo le dio una carta que ella debía entregarle a su amigo Enzo Bari al llegar a Barcelona. Le dio una palmadita en el hombro, buscó con la mirada a su nieta Mía, le guiño el ojo y, después de eso, se dio media vuelta y se fue hasta su habitación. No salió más de su cuarto en toda la mañana, a pesar de que sabía que su hija se iría ese día.

Él nunca supo cómo tratar a una hija tan rebelde. Era una gran mujer, con un temple muy poco común en esa época entre las mujeres y eso lo hacía todo más difícil; lo intimidaba.

Tenía un gran dilema en su cabeza: no sabía cómo decirle que tenía que ser como las demás mujeres del pueblo, cuando a él le enorgullecía su manera de ser.

Todo se complicó un poco más el día que se supo que Alessia estaba embarazada. Aunque la verdad de sus sentimientos nunca la supo expresar, siempre se culpó porque su nieta creciera sin conocer a su padre.

Él había sido el responsable de que el hombre que embarazó a su hija se fuese del pueblo sin enterarse de que tendría un hijo. Eso siempre fue un secreto muy bien guardado; nadie supo por qué se había marchado del pueblo sin decir una palabra. Los únicos que lo sabían eran él y su amigo Enzo, al que se lo había confiado en el momento que su hija había quedado embarazada, y como Enzo en ese momento ya estaba en España, fue realmente un secreto muy bien guardado.

Un gran vacío y duda invadió en ese momento a Alessia; ella esperaba unas palabras de aliento, de despedida, de apoyo; ella sabía que una cosa era lo que esperaba y otra muy diferente lo que sabía que iba a suceder. Conocía muy bien a su padre, pero nada nublabla la idea de emprender nuevos caminos y vivir otro tipo de vida.

Salieron temprano hacia la estación del tren de Cremona. Ellas irían en el que salía a las 16:00, tendrían que pasar por Pavía y luego hacer una breve parada en Génova, para después completar el último trayecto italiano hasta llegar a la frontera con Francia, en Niza.

Cuando llegaron a Niza, ya habían pasado 24 horas. Ahí tuvieron que cambiar de transporte para luego ir en autobús desde ese punto hasta Le Perthus, pasando por Montpellier y Perpignan, un viaje agotador de dos días.

Alessia tenía fuerzas para eso y más; todo era parte de la aventura para poder llegar hasta Barcelona, donde la estaría esperando Enzo, el amigo de su padre, que hacía casi 40 años que se había ido a vivir a Barcelona. Se quedaría en su casa mientras encontraba cómo hacerle frente a la vida, lo que, conociendo a mi abuela, era lo último que le preocupaba.

Después de esos dos días llegan a Le Perthus, el último pueblo francés del trayecto. Un pueblo que debió hacer a caballo entre Francia y España, La col du Perthus en francés y Coll de Panissars en catalán.

Se pudiera describir como pueblecito, pues su tamaño solo debía tener 4 o 5 km de superficie, y no sumaba 800 habitantes. En esa época, se prestaba para ser un lugar para refugiados debido a la guerra civil española. Ese pueblo era un punto de paso importante y concurrido entre Francia y España; había muchos controles y siendo una mujer sola, aún más, por lo que tardaron más de lo previsto.

Cuando pudieron librarse de todos los controles, hicieron cambio al autobús que las llevaría hasta La Junquera, en España, para luego coger el tren y completar su trayecto a Barcelona. El tren hacia Barcelona saldría a las 17:00, pero no pudieron continuar el viaje como tenían previsto, ya que Mía no se sentía bien, tenía mucha fiebre y era tarde; habían perdido mucho tiempo en Le Perthus y la debían llevar a un dispensario para que la viera un doctor.

Alessia pidió ayuda en la estación de tren y, cuando trató de hablar, se dieron cuenta de que hablaba muy poco francés y muy poco español, pero, entre las palabras y los gestos con las manos, como buena italiana, pudo darse a entender y explicar que necesitaba un médico para su hija.

Enseguida que lograron entenderla, llamaron a Jean Paul, el controlador de tickets que trabajaba en esa estación y que, aunque era francés, hablaba bastante bien el italiano.

Le recomendó a un doctor italiano que tenía su consulta cerca, y no tardarían ni 20 minutos andando.

Cuando llegó a la casa que le habían indicado, estaba todo cerrado. Ya eran las 7 y algo más de la noche. Tocó a la puerta y abrió una señora vestida con un delantal que impactó a Alessia; tenía tantos detalles, que le recordó a los vestidos de fiesta que usaban las mujeres en su pueblo.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarla, señora...?

—Alessia, Alessia, me llamo Alessia —dijo inmediatamente que reaccionó—. Perdone, estoy buscando al doctor Alfieri —le dijo enseguida.

—El doctor Alfieri está cenando en este momento, le contestó la señora ataviada con un delantal que asemejaba una cortina de museo.

—Sí, entiendo, no es la mejor hora para tocar a una puerta, pero me dijeron en la estación de tren que podía venir hasta aquí porque mi hija —señaló a Mía— no se encuentra bien y necesito que la vea un doctor.

El doctor, que estaba escuchando, se dio cuenta de que la persona que estaba preguntando por él tenía acento italiano y gritó desde dentro de la casa: “¡Matilde, díles que entren!”. Extrañada por la reacción del doctor, que era tan educado y tranquilo, Matilde asintió y acompañó a Alessia y Mía hasta el salón donde se encontraba con su esposa.

El doctor Fabio Alfieri era italiano y se había casado con Marcella, una chica del pueblo, de madre italiana y padre español de La Junquera. Ellos habían decidido vivir en esa ciudad, en principio porque toda la familia de Marcella vivía allí y, además, porque Fabio pudo ejercer su carrera como médico sin ningún problema.

Mía solo tenía una indigestión producida por la cantidad de dulces que había consumido en los últimos días; eso, sumado al agotamiento que tenía acumulado por todo el viaje, hizo que se sintiera muy mal.

Con todo lo que había sucedido, el día pasó y no pudieron coger el tren que las llevaría hasta Barcelona.

Alessia y Mía tenían en ese momento un gran problema: no tenían donde quedarse y, cuando el doctor Alfieri supo la situación, no tardó ni un momento en decirles dónde podían pasar la noche y así poder cenar algo caliente y recuperar fuerzas. Les ofreció llevarlas a un hostel que él pagaría, les compró algo de pan, queso y leche para que pudieran cenar.

Alessia estaba muy agradecida al doctor por toda la ayuda que le había prestado; además, tenía una preocupación menos por no tener que continuar el viaje con su hija enferma.

Pasada la noche y ya con mejor semblante, Alessia y Mía retomaron su camino. Pasaron por casa del doctor Alfieri, le agradecieron todas sus atenciones que, por mucho que ellos insistían que no había sido nada para ellas habían sido enormes; si no hubiese sido por la ayuda, hubiesen tenido que pasar la noche en la calle, sin alimento ni agua.

—Doctor Alfieri —le dijo Alessia—, estaré de por vida agradecida por el gran gesto que ha tenido hacia mí y mi hija —y dándole un beso en la mejilla, enseguida bajó la cabeza para que no se diera cuenta de que empezaban a salir lágrimas de sus ojos.

Tomó de la mano a Mía y se dirigió hacia la puerta. Ahí la esperaba Marcella, que también estaba triste de que se fueran. Ella les había ofrecido que se quedaran unos días hasta que se sintieran totalmente recuperadas, pero Alessia debía irse, la estaba esperando una nueva vida en Barcelona y ya llevaba un día de retraso.

—Adiós, Alessia, cuídate mucho —le dijo Marcella—. Cuida de tu hija; tenéis una vida por delante llena de sorpresas y aventuras. La vida es muy corta... y es para vivirla...

Alessia no daba crédito a lo que estaba escuchando, era como recordar las palabras de su hermano Aurelio. Fue como si Marcella hubiese visto que ella estaba hecha para vivir la vida, y esas palabras la acompañarían para siempre, puesto que eso mismo era lo que ella pensaba; serían su base y principio para afrontar todo lo que la vida le tenía preparado.

Eran las 7:00 de la mañana. Ya listas para salir y retomar su camino hacia Barcelona, Alessia y Mía llegaron a la estación del tren, donde por casualidad coincidieron con la misma persona que les había recomendado ir a la casa del doctor Alfieri.

—¡Vaya, si son las chicas de ayer! —dijo Jean Paul, el controlador de tickets—. ¿Cómo está esta niña tan linda que ayer no se sentía tan bien? —preguntó a todo volumen como si se conocieran de mucho tiempo.

—Mucho mejor —contestó Alessia—. Gracias por la buena recomendación del doctor; ha sido una maravillosa persona, él y su esposa Marcella. No sé qué hubiésemos hecho sin su ayuda y la del doctor Alfieri.

—Nada, no se preocupe, lo importante es que ahora tiene mejor carita, y el viaje será menos pesado. ¡Que tengan un buen viaje! —se despidió, haciéndoles un gesto con la cabeza para que subieran al tren.

De esa manera, entraron al vagón correspondiente, buscaron sus asientos y quedaron a la espera de que arrancara. Lo más pesado del viaje lo habían superado: las dos fronteras y sus controles; ahora lo que quedaba era descansar un poco y en ocho horas estarían en su destino.

Alessia tenía un solo pensamiento: cómo encontraría a Enzo, el amigo de su padre... El hecho es que habían quedado en verse en la estación de França en Barcelona, el 1 de mayo sobre las 6 de la tarde y, con todo el retraso de las fronteras y el malestar de Mía, llegarían con 24 horas de retraso.

En ese momento recordó que su padre le había entregado una carta para él. La buscó entre las cosas que tenía en la cartera para constatar si había algún dato que le diera una referencia de cómo encontrar al Sr. Enzo, algo que la ayudara. Efectivamente, dentro del sobre había una dirección. Era donde vivía Enzo, donde su padre enviaba las cartas cada vez que quería tener noticias de su amigo y también en caso de enviarle alguna mala noticia:

Carrer de la Mare de Déu del Pilar 8, 4.

2

UN LUGAR NUEVO

El trayecto no se hizo muy pesado. Las imágenes que pasaban por la ventanilla del tren eran espectaculares, como fotografías; campos verdes que se unían con la vista del mar. Esa mezcla de colores llamó mucho la atención de Alessia y Mía, que nunca habían visto el mar y solo se imaginaban el color por lo que alguna persona les había contado. Esas imágenes quedaron grabadas en la mente de Mía para siempre.

La primera parada del tren fue en la ciudad de Figueres, una estación pequeña pero diferente a las que conocían de Italia, luego hicieron una segunda parada en Girona, para terminar por fin en Barcelona.

Al llegar a la Estación en França, en Barcelona —se llamaba así porque era la conexión más rápida y directa entre España y Francia en esa época—, todos bajaron del tren. Cada uno recogió su equipaje y comenzaron a caminar. En ese momento, Alessia respiró profundo, miró al cielo, pensó si volvería a ver a sus hermanos; pensó en Mario, Ida, Daniela... y se dijo a sí misma: “¡Alessia, este es tu destino, es tu nueva vida, debes recorrerla sin miedo, siempre hacia delante, por un futuro mejor por ti y por tu hija!”.

Recogió su equipaje, que eran tan solo dos piezas pequeñas; una maleta donde llevaba la ropa y otra que llevaba cruzada en su pecho de la que sacó la carta que le había dado su padre. Enseguida leyó la dirección a la que debía ir, cruzó la calle y se sentó en un banco con Mía.

Debía pensar cómo haría para conseguir ver al Sr. Enzo.

Estaba en un lugar completamente diferente al pueblo donde vivía; más desarrollado, con más movimiento, más gente en la calle, pero obviamente eso no sería impedimento para que continuara con su idea.

Estaban maravilladas con la estación de tren. Nunca habían visto algo tan imponente. Todo era mármol y bronce, arcos y rieles, trabajos extraordinarios de herrería, una limpieza extrema. Alessia no sabía nada de herrería, pero en su casa, siempre había escuchado a su padre que decía orgullosamente: “¿Ustedes saben que la estación más grande de Barcelona la construyó mi hermano, él que vive en esa ciudad? En su trabajo no hay nadie que lo supere”.

Al recordar esas palabras, supo que la estación de tren donde se encontraban y la que su padre siempre nombraba eran la misma. Siempre lo decía con mucho orgullo. A lo que realmente se refería era a los trabajos de herrería, y cuando los pudo contemplar con sus propios ojos, entendió por qué tanta euforia cuando su padre hablaba de Enzo.

Una construcción original, espectacular, magnífica, de estilo clasicista, que ya contaba con casi 85 años de antigüedad, y había sido reformada un año antes, —su “tío” Enzo había participado en la reforma—, y había sido reinaugurada en junio del año anterior. Su esplendor todavía se veía en el mármol y el hierro.

Enzo era amigo de la infancia de su padre; cuando eran niños vivían en el mismo pueblo, en casas muy cercanas. Las dos familias estaban muy unidas, tenían los mismos intereses: el campo.

Pasaban mucho tiempo juntos, siempre decían que eran hermanos porque la relación entre ellos era más que de hermanos.

La vida de pueblo era tranquila pero cuando se tienen 20 años hasta un pueblo se vuelve fiesta; los días, las semanas, los meses, las fiestas del pueblo... Los días transcurrían con normalidad hasta que, en la feria de verano de 1900, de esas ferias que se hacen cada seis meses para vender el producto del cultivo a otros pueblos, Enzo conoció a una chica española.

Mercedes lo deslumbró a primera vista con ese tono de piel blanco brillante, su larga y negra cabellera, y los ojos más negros y vivaces que jamás había visto.

“La chica extranjera”, como le decían, había llegado al pueblo para aprender el idioma italiano. Mercedes era española, su madre era enfermera y había conocido a Carolina, una compañera del hospital, que también era enfermera, que era italiana y vivía en Cremona.

Las dos trabajaban en un hospital de niños en Milano, donde hicieron prácticas juntas y, a pesar de la época y el idioma, se hicieron muy buenas amigas.

Al finalizar las prácticas, cada una regresó a su ciudad, no se vieron más, pero siempre mantenían contacto por carta.

Cuando Mercedes cumplió 20 años, decidió que quería aprender italiano y, cuando se lo dijo a su madre, esta solo tuvo que enviarle una carta a Carolina, su antigua amiga, que aceptó con mucho gusto recibir a Mercedes en su casa. Le dijo que sería un honor y que podía quedarse el tiempo que quisiera. Además, la hija de Carolina, Francesca, era de la edad de Mercedes y pensó que seguramente se llevarían bien y que, así, también ella podría aprender algo de español.

Con el pasar de los días, Mercedes había adquirido una no muy buena reputación. En realidad, no se le podía atribuir que hiciera algo malo, sencillamente era más alegre y menos recatada que las jovencitas veinteañeras de esa época, y en el pueblo no agradaba

mucho su manera de ser tan abierta. Eso justamente fue lo que llamó la atención de Enzo: el desparpajo de cómo se movía, la naturalidad que tenía al hablar —estaba extasiado con ese italiano, españolizado que hablaba—, la falta de formas al decir las cosas que a otras personas sonrojaban... Todo eso enamoró perdidamente a Enzo y estaba convencido de que su vida sería al lado de ella.

Llegó el día en que Mercedes debía regresar a Barcelona. Enzo lo tenía muy claro: se iría con ella, no había duda, y así lo hizo.

Hicieron su vida en Barcelona. Ella estudió para ser maestra y él era muy buen herrero, tradición que venía de familia. El abuelo y el padre de Enzo también eran herreros y, aunque estaban muy orgullosos de él, lamentaron que no continuará en el taller, pero Enzo tenía otras aspiraciones.

Mercedes y Enzo siempre estuvieron muy unidos, una unión casi de dependencia; quién sabe si porque nunca pudieron tener hijos, pero se acostumbraron a estar muy pendientes uno del otro.

Hubiesen querido tener hijos, lo deseaban todos los días, pero era algo que ellos no podían decidir.

Con el paso del tiempo, los sobrinos de Mercedes se habían convertido casi en los hijos de ellos dos; cuando iban de visita al pueblo, siempre los estaban esperando con ansias y ellos con ganas de ver a sus tíos de Barcelona.

Mercedes tenía un sobrino del que siempre le decía Enzo: “Si nosotros hubiésemos tenido un hijo, seguramente sería como Marc”. Era su sobrino favorito y especial, aparte de que era el ahijado de Mercedes, y tácitamente Enzo lo había adoptado como sobrino ahijado y podríamos decir casi como un hijo, por eso cuando Marc decidió que quería estudiar en la universidad, ellos se hicieron cargo de sus estudios.

Marc Martí era el hijo de Mónica, la hermana mayor de Mercedes y el menor de tres hermanos. Vivían en las afueras de Barcelona, a una hora aproximadamente, específicamente en un pueblo llamado Sabadell. No tenían muchas posibilidades de pagarle los

estudios en la Universidad y, apoyado por sus tíos Enzo y Mercedes, se había ido a vivir a casa de ellos en Barcelona.

Él estaba convencido de que el mundo de los negocios era el que le iba a dar la oportunidad de poder desarrollarse y ayudar a su familia.

Era muy habilidoso y tenía mucha facilidad para el dibujo; esa fue siempre su gran pasión y siempre pensó que estudiaría algo relacionado con pintura, diseño o arquitectura.

Pero con el paso del tiempo, se dedicaría al comercio, seguramente pudo más la ambición por el dinero que el gusto por las artes.

En la Universidad de Barcelona, estudiaría en la Escuela Superior de Comercio.

Alessia buscó la dirección y le dijo a Mía: “Cógeme de la mano y no te sueltes, que aquí no sabemos si es norte o sur y todas las calles son nuevas para nosotras”.

Salieron de la estación y cruzaron la gran calle Marqués de L’Argentera.

No sabían exactamente la calle que debían coger, pero Alessia, siempre tan impulsiva, le hizo caso a lo que le dictaba su corazón.

Empezaron su caminata por el Carrer Antic de Sant Joan, hasta llegar al Passeig del Born, allí encontraron a una señora que vendía frutas de temporada, toda ordenada por colores y le preguntaron por la calle Mare de Deu del Pilar. Ella, muy amablemente, les indicó que debían seguir recto por el Carrer Dels Flassaders, donde debían cruzar a la izquierda al llegar al Carrer de Assaonadors. Cuando ya hubo completado las indicaciones, les deseo buena suerte, no sin antes regalarle una manzana, la más roja y hermosa, a la pequeña Mía.

La frutera, que había reconocido en Alessia su acento italiano y también había notado su desorientación, antes de que se dieran la vuelta, comenzó una breve conversación.

—Me parece que eres italiana, ¿me equivoco?

Alessia le respondió muy amablemente:

—Sí, soy italiana y ahora estoy en esta nueva ciudad, tan inmensa para mí, tratando de llegar a mi destino.

Hubo una pausa y eso produjo risas entre las dos, pero parecía que la frutera no tenía mucha intención de dejarlas ir y comenzó a hablar:

—Italia, qué recuerdos de Italia —le dijo—; estuve en Italia hace como diez años, doce..., creo que fueron diez, sí en el año 1929, hace diez años fui con mi madre y me quedaron ganas de volver.

»Por cosas del destino me casé con un italiano. Yo lo quería mucho, estuvimos casados por más de quince años, pero lo tuve que dejar por mujeriego y borracho.

—Lo siento —murmuró Alessia.

—Una vez —dijo la frutera—, llegó tan tarde a casa, y estaba tan bebido que no se mantenía casi en pie. Cuando traté de ayudarlo, no fue capaz de reconocer que era yo y pensó que era alguien desconocido. Me dio una bofetada que tuve el ojo hinchado por más de tres semanas, con hemorragias.

En ese momento, la frutera bajó la cabeza por unos segundos con una nota de nostalgia, luego se reanimó y retomó la conversación —Y ahí decidí que no quería vivir así, con esta angustia todos los días de esperar a que llegara y no saber qué podía suceder; ese fue el motivo por el que lo dejé.

Ya pasaba casi media hora más y la frutera seguía conversando. Alessia hizo un gesto con las manos y todo quedó sobreentendido.

—No te quito más tiempo; veo que vas apurada. Ya sabes, sigues recto hasta el final de la calle y luego a la izquierda.

—Gracias, y gracias por la manzana. Ya nos veremos por aquí —y con un abrazo se despidieron.

Alessia siguió las indicaciones. Tenía que continuar toda la calle Flassaders hasta el final, pero cuando llegó al Carrer de la Princesa dobló a la izquierda sin darse cuenta de que no había llegado

a la calle indicada por la frutera; todas las calles y edificios le parecían iguales y tampoco jugaba a su favor el poco español que entendía.

Ya llevaban rato caminando y de las calles que pasaban ninguna era la que buscaban. Al finalizar el Carrer de la princesa, llegaron a una avenida grande, La Vía Layetana, una vía que para ellas era tan grande como la que vieron al salir de la estación del tren. No eran comunes en su pueblo, por lo que le parecía más grande de lo que en realidad era.

Por un momento se sintió perdida, pero eso para Alessia era como un impulso para retomar energías, así fue como se acercó a un policía y le preguntó si la podía ayudar a encontrar la dirección que buscaba.

El policía tomó el papel, leyó la dirección y les dijo: “Tienen que subir por esta calle y buscar una calle a la derecha que se llama Sant Pere Mès Alt, la verán sin ningún problema, porque en la esquina para cruzar esta la sastrería de Manuel, que tiene un cartel grande y llamativo. En lo que lo vean, será donde deben cruzar a la derecha”.

Alessia estaba atenta a las indicaciones porque en realidad entendía la mitad de lo que el hombre decía.

—Al llegar a la calle Sant Pere Més Alt —continuaba el policía sin tregua—, tened cuidado y estad pendiente, porque la calle que buscas es estrecha y está cruzando hacia la izquierda. No recuerdo exactamente cuántas calles tienes que pasar para llegar, lo siento, pero es como un callejón y el nombre lo encontrarás solo levantando la mirada en la esquina de la calle; luego solo tendrás que buscar el número de portal.

Esta vez no sabía si porque la dirección era más sencilla o porque había entendido mejor el español del policía, pero no tuvieron necesidad de volver a preguntar.

Cuando llegaron a la calle, buscaron el portal número 8, como decía la dirección, un portal con una puerta de vidrio color ámbar que no permitía que se viera nada de adentro.

No quedaba más que tocar el timbre que decía Enzo Bari y esperar.

No contestó nadie al primer toque, por lo que revisó la dirección para confirmar que era el número 4-1 el que decía en la carta, entonces volvió a tocar. En ese momento escuchó una voz de mujer que dijo: “¿Alessia?”.

Alessia, extrañada, se quedó pensando por unos segundos y contestó: “Sí, sí, *sono io*”. El corazón le palpitaba muy rápido y casi no podía hablar. Ella no sabía si era de los nervios o de la emoción que le había dado escuchar esa voz y darse cuenta de que la estaban esperando.

Mercedes bajó las escaleras hasta el portal y la recibió con un gran abrazo, como si estuviera recibiendo a su propia hija. “¡Vamos!, suban, no se queden ahí, que deben estar cansadas y tenemos mucho de qué conversar. Les vendrá muy bien algo calentito, además me tienen que contar cómo estuvo todo el viaje”.

Tal como les dijo Mercedes, Alessia y Mía la acompañaron los cuatro pisos por unas escaleras que si tenían un metro de ancho, sería mucho y se les notaba el desgaste en el centro de cada escalón.

Era una finca vieja construida en 1880, pero muy bien cuidada. Llegaron al piso donde las estaba esperando ansioso Enzo, no podía creer lo que estaba viendo, tenía una gran confusión.

Cuando salió de Paderno, Alessia aún no había nacido y no podía creer que no solo era una mujer hecha y decidida, sino que también tuviera ya una hija de 9 años.

—A ver —dijo Enzo pasándole el brazo a Alessia por el hombro—, Alessia Marconi, tú no sabes el honor que es para mí tener en mi casa a la hija de Ángelo, mi gran amigo y hermano. Hace casi 40 años que no nos vemos, solo nos escribimos de vez en cuando, pero te aseguro que fuimos las personas más unidas en este mundo, y nuestra amistad está intacta como en el primer juego de fútbol donde nos conocimos. Cuenta conmigo para lo que necesites, hazte la idea de que soy tu padre aquí.